

—Como epílogo de esta historia—dijo el bufon—voy á decir á ustedes dos verdades: la primera es esta: que siempre el perezoso es mal visto de todos, y todo llega á perderlo por su torpe negligencia: la segunda es, que el laborioso, por muy modesto y por muy humilde que sea de condicion, alcanza alguna vez el premio que merecen la paciencia y el trabajo.

---

## CRUELDADE Y CARIDAD.

---

### I

—Niños—nos decia algunas veces mi tia cuando se disponia á narrarnos el presente cuento—no es bueno ser cruel con ninguno de los seres creados que son capaces de sentir, y por lo mismo de padecer. La crueldad indica malos sentimientos y corazon duro, cosas ambas ajenas á la caridad que debemos practicar todos los humanos. Voy á demostrarlo á ustedes con el siguiente relato.

\*  
\*  
\*

Cristina era una niña de índole irascible y de ninguna sensibilidad, de cuyos defectos dió muestras desde sus tiernos años. Naturaleza rara y casi varonil, entreteníase á veces en inquietar á las abejas en su panal, aun cuando recibiese uno que otro aguijonazo, sólo por el gusto de verlas moverse zumbantes y formando

como dorada nube; ó solia pincharse un dedo, con objeto de ver su hermosa roja sangre y pintar con ella extrañas figuritas.

La que no tenia piedad para sí, ¿cómo habia de tenerla para los demas? Valiéndose de varios arbitrios, que nunca faltan á los niños traviosos, robaba algun nido de pajarillos, y se divertia con ellos, dizque vistiéndolos con trajes de papel, y martirizándolos de este modo, hasta que morian de hambre; ó clavaba una mariposa, entreteniéndose en ver los estremecimientos de dolor del insecto; ó descabezaba una hormiga alada, placiéndole ver cómo giraba el cuerpo en círculo vertiginoso; ó degollaba á los pollos; arrastraba al perrillo faldero, echándole un lazo al cuello; arrojaba el gato al estanque, y hacia otras diabluras por el estilo.

Su buena aya Clemencia reprendíale suavemente aquel cruel proceder.

—No es bueno, niña—decíale—hacer sufrir á los pobrecitos animales: ellos sienten el dolor como nosotros, y es una injusticia abusar de nuestra inteligencia ó de nuestra fuerza para dominarlos y martirizarlos.

—Yo hago con ellos lo que papá hace conmigo, que me castiga cuando no quiero ir á la escuela, ó cuando derramo adrede el vino en la mesa.

—Esas son faltas que cometes y que deben ser corregidas..... Pero las avecillas que martirizas, el pobre Delfin á quien arrastras, en nada te han ofendido.

—Sí; Delfin no queria hacer rodar mi cochecito, y por eso lo castigué.

—Escucha, niña: merece castigo la falta de cumplimiento de un deber, ó un delito. Delfin no tiene obligacion de hacer lo que tú quieres, y por eso no debes castigarlo. Tu papá te castiga, y hace bien, porque faltas á un deber, como es el de ir á la escuela á instruirte, ó porque causas algun perjuicio, ó no observas la debida urbanidad en la mesa, ó con las visitas.

—He oido decir á abuelita que todos son traviosos de niños.

—Sí; pero á todos se les corrige, para que lleguen un dia á ser comedidos, sensibles y buenos, y no egoistas, crueles y de depravados sentimientos.

Frecuentes conversaciones parecidas á la anterior, tenian lugar entre la aya y la discípula; pero ésta seguia incorregible.

Sucedió que un dia, por arrojar al gato en el estanque, Cristina, que era ya una jovencita de trece años, resbalóse y fué á dar al agua, juntamente con el pobre animal.

Afortunadamente el perrillo á quien llamaban Delfin estaba por allí, y al ver caer á su ama, lanzóse denodadamente al agua, procurando salvarla. Viendo que no lo podia conseguir, porque no tenia fuerza bastante para ello, saltó á tierra, corrió en busca de Clemencia, y con su inquietud y ladridos, y tirándola del vestido, le hizo comprender el peligro de la jóven, conduciéndola hasta el estanque. La aya, asustada, pidió auxilio, acudieron los criados, é inmediatamente sacaron del agua á Cristina, ya casi exánime. Con la oportuna asis-

tencia recobró el sentido, pero con la frialdad del agua contrajo un reumatismo, que sufrió largos meses, experimentando crueles padecimientos.

## II

Sentadas junto á una mesa en donde habia restos de comida y migajas de pan y azúcar, hallábanse Clemencia y Cristina, ya restablecida ésta de su penosa enfermedad.

Desde la desgraciada escena del estanque, la jóven no habia vuelto á hostigar á los animales, quizá por haberse modificado sus crueles sentimientos, ó tal vez porque su enfermedad se lo impedia. La aya veia complacida este cambio, esperando que seguiria la enmienda de Cristina; pero puede ser que se engañara. Hé aquí lo que sucedió:

Tres ó cuatro hormiguillas recorrian en todos sentidos la superficie de la mesa, como buscando algo que les sirviese para su utilidad ó su subsistencia. Cristina las vió, y se despertaron sus dormidos instintos. Con la hoja de un cuchillo interrumpió la marcha de una de las hormigas: el insecto buscó otro camino, pero se volvió á encontrar con aquel inflexible obstáculo que no sólo se le ponía delante, sino que la arrollaba, haciendo dar mil vueltas á su diminuto cuerpecillo: la pobre hormiguilla se debatía en vanos esfuerzos, hasta que una más fuerte presión de la acerada hoja la dejó como muerta.

La haya habia contemplado en silencio toda aquella maniobra, viendo casi con espanto retratarse en el semblante de Cristina una especie de feroz alegría al contemplar los sufrimientos del mísero insecto. Cuando vió consumado el asesinato, dijo grave y tristemente á la jóven:

—Escúchame con atención, Cristina, y responde á esta pregunta: ¿estarías dispuesta á hacer algun mal á ese buen Delfín que te ha salvado la vida?

—Ya lo creo que no; ahora lo quiero mucho.

—Y haces bien: el animalito te ha dado una prueba de insigne nobleza, al haber acudido en tu socorro, á pesar de lo mucho que le maltratabas. Y esa pobre hormiguilla ¿no merecía, en vez de tus iras, tu protección y cuidado? ¿Qué mal te habia hecho? ¿Será mejor un perro que un sér humano, puesto que el perro, aunque ofendido, salva una vida, y tú, sin sufrir nada del pobre insecto, se la quitas?.....

—Pero esa hormiga no es lo mismo que el Delfín; casi ni hace bulto, ni se nota su desaparición, ni sirve para nada.

—Te engañas: todos los seres tienen su misión de utilidad; todos los que sienten, son susceptibles de sufrir; todos gozan á su modo de la vida, que no podemos quitarles sin cometer un crimen, puesto que nosotros no se la hemos dado. ¿Dices que no era útil esa hormiga? Voy á probarte lo contrario, contándote, en compendio, lo que hace uno de estos insectos.

No juzgues por las apariencias: quien haya estudia-

do la existencia y el modo de vivir de estos animalillos, queda admirado de su laboriosidad, de su paciencia y de su prevision.

Algo de esa constancia y de ese esfuerzo admirables tienes á la vista. Mira cómo aquella compañera de la hormiga muerta recorre sin cesar toda la superficie de esta mesa: la mesa tiene cerca de dos metros de extension, y es al cuerpo de la hormiga lo que para nosotros es media legua: considera las veces que la ha recorrido, y sacando la cuenta, verás que es como si una de nosotras hubiese andado muchas leguas; ¡y esto, en cosa de media hora! ¡Cuál no será la ligereza, el esfuerzo y la constancia de ese pequeño insecto!..... Mírala: á veces se detiene un momento; pero es sólo cuando encuentra algun obstáculo en su camino, que al instante supera ó evita rodeándolo, ó cuando examina una de esas migajas ó granillos de azúcar, para ver si puede cargar con él..... Si notas que todavía no ha cogido alguno, es, no porque le falte fuerza, que la tiene prodigiosa, sino porque no ha hallado uno cuya configuracion sea á propósito para que no le estorbe al marchar con él.

—¿Y para qué tiene necesidad de cargar con él? ¿por qué no se lo come aquí luego?

—Esa es otra cosa admirable: la hormiga siempre come lo que encuentra; pero además de esto, tiene como una especie de obligacion de llevar al nido algo, que pueda servir para aprovisionar los almacenes de invierno.

Veamos qué es lo que hace una hormiga durante su vida: (y lo que se diga de una se puede decir de todas las de su especie que sean *obreras*; porque has de saber que en el maravilloso orden que guardan esas colonias de insectos, cada agrupacion tiene sus atribuciones: unas hormigas son las encargadas de proteger y propagar la especie; otras, que pueden llamarse soldados, se emplean en la defensa del nido cuando es atacado, y otras, que son las obreras, tienen á su cargo la construccion del nido y la provision de víveres.)

A poco de nacida, la hormiga se consagra al trabajo, ya sea para ensanchar el nido, ó para formar otro nuevo. Hay nidos que alcanzan hasta sesenta metros de extension bajo de tierra; otros, cuya cúpula es de sesenta ó más centímetros de elevacion, midiendo casi un metro y medio de diámetro. Lo más particular de estas construcciones es el modo de fabricarlas. Algunas especies de hormigas despojan á un árbol de casi todas sus hojas, cortándolas en círculo, cargan con ellas, y les sirven para armar y dar consistencia á esas admirables cúpulas. Esos edificios comparados con el diminuto cuerpo de los insectos que los fabrican, son más grandiosos que las más gigantescas obras del hombre.

Otras veces la hormiga toma el lodo, lo amasa, y forma pequeñas bolas que va colocando una sobre otra para fabricar su vivienda. A veces los nidos están ramificados en extension considerable, teniendo sus diversos departamentos destinados á objeto diferente, y donde reinan el arreglo, el orden y la comodidad.

No son ménos admirables la fuerza y la energía que despliega la hormiga al conducir una pesada carga, que á veces lo es tanto como su cuerpo; cruza con ella largas distancias, no la suelta por más obstáculos que encuentre, y por fin la coloca en el granero comun.

¿Me dirás todavía, Cristina, que la hormiga no es un animalillo esforzado, laborioso, constante, y útil para todos los de su especie?

Cristina habia escuchado atenta, mostrándose interesada en el relato, y pensativa.

—Veo—continuó Clemencia—que te ha causado admiracion todo esto..... más te causará todavía cuando sepas que no sólo para los individuos de su especie es útil la hormiga, sino tambien para las aves, á quienes sirve de alimento, y para los hombres, y que tú permanecerías aún sufriendo los dolores de la enfermedad, á no ser por esos insectos.

—¿Como puede ser eso?

—Hay un medicamento preparado con ellos, y únicamente con él ha cedido tu dolencia. Despues de haberte hecho tan relevante servicio esos animalillos, ¿merecerán que trates con tanto rigor, que asesines á uno de su especie?..... Mira su cuerpecito exánime, como diciéndote con su muda actitud: “¡Soy la víctima inocente, de la crueldad y de la ingratitud!”

Cristina, conmovida de veras, se inclinó ante el pequeño cadáver, y al hacerlo, de sus ojos cayó sobre él una lágrima.

Al sentir la lluvia cálida, el insecto pareció reani-

marse con aquel rocío del alma. Poco despues, desentumecido, comenzó á moverse.

—Mira, niña—dijo la aya—Dios te demuestra con un milagro, que queda borrada tu culpa. Esa resurreccion es el prodigio causado por la ternura y el amor!... Deja, deja correr tus lágrimas, que en vano procuras contener: ellas son las que lavan todas las manchas y regeneran todos los sentimientos..... Escucha aún mis últimas palabras, y grábalas en tu corazon como una segura máxima: Todos los seres criados son nuestros hermanos, y el que los trata con crueldad, demuestra ser peor que las fieras. La proteccion que les debemos, á la vez que nuestra indulgencia y nuestro amor, son las bases en que se funda la más hermosa de las virtudes: la caridad universal.

Esto dijo la aya; y Cristina fué desde aquel dia un modelo de benevolencia y de ternura.

\* \* \*

Estos son los que recuerdo, de los cuentos que me narraba mi buena tia. Mis lectores se congratularán de que no acudan otros á mi memoria, por lo mucho que con los presentes les he cansado. Y yo les pido perdón, porque quizá mi propósito de complacerlos haya sido sólo pretexto para refrescar mi alma con los recuerdos de la más grata época de mi vida, esa hermosa infancia por la que tanto se suspira, y que nunca volverá!